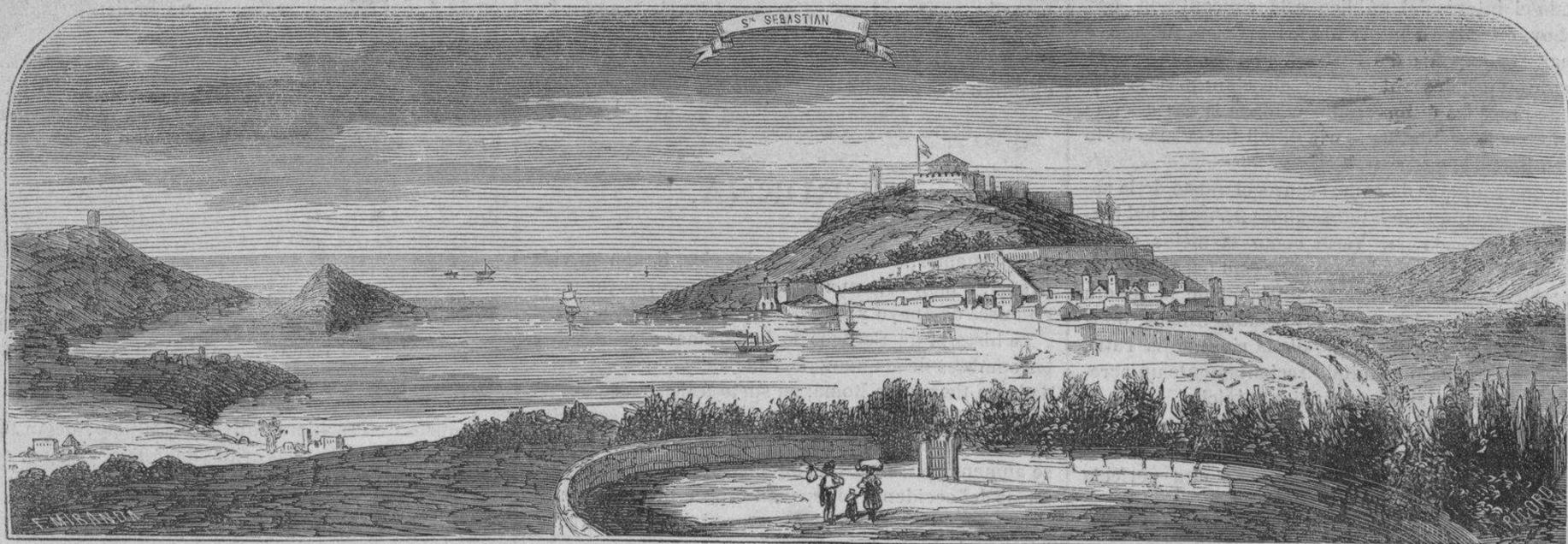


El Periódico ilustrado.



Número 25.
DEL 24 AL 31 DE AGOSTO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—TEXTO: *El infante D. Francisco.*—Revista de la Semana, por M. del Palacio.—*Cerdeña*, por Tomeo y Benedicto.—*Un guante desde el cadalso*, por Borbolla Fernandez.—*Adoracion*, por Blasco.—*Consuelo*, por Perez Echevarria.—*Reseña histórica de la fotografía (conclusion)*, por Honorio.—*A la hija del verdugo*, por Vallejo.—*Las sombras de D. José*, por Jimenez Delgado.—*San Sebastian*.—*Modas*.—*Las palmeras de Elche*.—*El pabellon Sevigné*.—*Los Segadores*.

LÁMINAS: *San Sebastian*.—*El infante D. Francisco*.—*Las palmeras de Elche*.—*Modas: Trage de caza y campo*.—*Los Segadores*.—*El pabellon Sevigné*.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	—	Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 »	—	

} 5 cuartos en PROVINCIAS.

EL INFANTE D. FRANCISCO.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

El día 10 de marzo de 1794, y en el pintoresco pueblo de Aranjuez, vió la luz el personaje cuyo retrato publicamos, siendo sus padres Carlos IV y María Luisa, y su padrino su tío el señor infante D. Antonio.

Catorce años tendría cuando su padre le llamó á su lado desde Bayona, disponiéndose la partida para el día 2 de mayo. Partió en efecto la reina de Etruria; pero al ir á partir los infantes, la indignacion del pueblo, contenida hasta entonces, estalló; cortáronse los tirantes de los coches, un ayudante de Murat fué atropellado por las turbas, y así principió aquella lucha de gigantes, conocida en la historia con el nombre de guerra de la independencia.

Ahogado en sangre aquel motin, los infantes fueron trasladados á Bayona, donde Carlos IV firmó su abdicacion, en la que no consta la firma del infante don Francisco. Este fué conducido á Fontainebleau, y despues á Compiègne con la familia real, estableciéndose en 1812 en Roma. La caída de Napoleon motivó su regreso á España en 1818, casándose al año siguiente con la hija del difunto rey de las Dos Sicilias, Francisco II, y hermana de doña Maria Cristina, elevada más tarde al trono de España por su enlace con Fernando VII.

En julio de 1832 marchó el infante D. Francisco á Sevilla, regresando precipitadamente á la córte á la muerte del rey, y contribuyendo en gran manera á la proclamacion de Isabel II, ayudado por su mujer doña Luisa Carlota, cuyo amor á las ideas liberales corria parejas con su talento.

En 1838 abandonó la córte D. Francisco con toda su familia, á la cual volvió despues de cuatro años de permanencia en Francia, sufriendo á poco el dolor de la pérdida de su esposa, muerta el 29 de enero de 1844, sin ver logrado el objeto de sus más ardientes deseos: la union de su hijo primogénito con la princesa que ocupaba el trono; union que al fin llegó á verificarse en 1846.

Desde esta última fecha, el infante D. Francisco vió primero en Guipúzcoa, despues en Búrgos, más

adelante en Valladolid, y desde mayo de 1850 en esta córte, donde ha fallecido el 13 del corriente, en su morada del palacio de San Juan, á los setenta y un años de edad.

Ha dejado á su muerte siete hijos:

El primogénito, D. Francisco de Asis, casado con S. M. la reina.

El infante D. Enrique, nacido en 17 de abril de 1823, y cuya esposa, doña Elena de Castellvi, hija del conde de Castellá, murió hace poco.

Doña Isabel Fernandina, nacida el 18 de mayo de 1824, esposa del conde Ignacio Gurowski.

Doña Luisa Teresa, nacida el 11 de junio de 1824, y casada con el señor duque de Sesa.

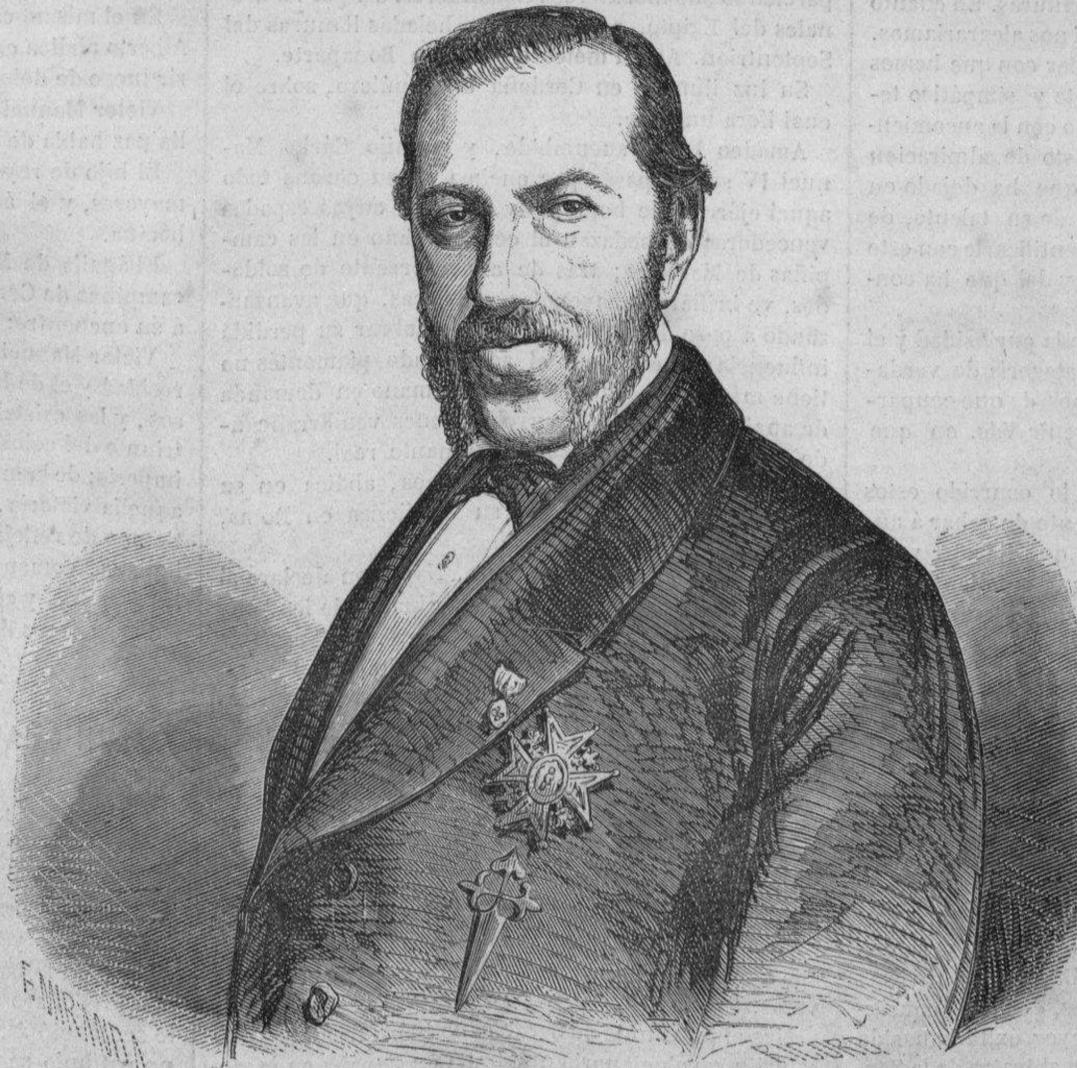
Doña Josefa Fernanda, que nació en 22 de mayo de 1827, y contrajo matrimonio con D. José Güell y Renté.

Doña Maria Cristina Isabel, que vió la luz en 5 de junio de 1833, esposa hoy del infante D. Sebastian, su tío.

Y doña Amalia Felipa Pilar, nacida en 12 de octubre de 1834, y que se enlazó con el principe Adalberto de Baviera.

Su cadáver, depositado provisionalmente en una habitacion de su palacio hasta las doce del día 14, ha sido trasladado al real sitio del Escorial, y sepultado en el panteon correspondiente á su gerarquía, ante una multitud de grandes dignatarios, entre ellos el subsecretario de Gracia y Justicia, encargado de dar fé de la entrega del cadáver con el juramento de costumbre; por los monteros de Espinosa, guardianes perpétuos de su alteza.

El acta de todas estas ceremonias, como siempre sucede, quedará depositada, por ser uno de sus privilegios, en la familia de los monteros de Espinosa.—X.



EL INFANTE D. FRANCISCO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todo el interés del público está concentrado, hoy por hoy, en saber á punto fijo los artistas que van á formar la compañía del Teatro Real. Los aficionados empezaron por desconfiar de la eleccion; pero si hemos de creer las últimas noticias, dada la escasez que hay de buenos cantantes, seria difícil hacer más de lo que ha hecho el empresario.

Por de pronto, se da como seguro el ajuste de la señora Rey Baya, que debutará con *La Africana*; habiendo sido designada por Verdi como la mejor prima donna de Europa para desempeñar este papel.

También se habla de la adquisicion de la señora Agata States, considerada en los Estados-Unidos, donde ha hecho su carrera, como digna rival de la Patti, y acerca de la cual ha emitido recientemente un acreditado periódico italiano el siguiente juicio:

«La Sra. States, que nos llega de California, ha desarrollado su talento é instruccion bajo la direccion del egregio maestro Vannuccini. Es una perfecta soprano.

Su *debut* en Florencia ha tenido lugar ante un público severo; su triunfo ha sido por lo mismo más notable y glorioso. Su voz puede calificarse despues de esta audicion de *prodigiosa*; tiene una potencia extraordinaria, es dulce, pastosa, flexible y siempre entonadísima. Grande en estension y agilidad, es deliciosa en los trinos y arpegios.

La Sra. States no deja nada que desear, y fuerza es proclamarla, como lo ha hecho el público unánime, artista insigne y exquisita.»

Unan Vds. á esto que la escena del régio coliseo estará dirigida por Mr. Harris, que tiene la reputacion de ser el primer escenógrafo de Europa, siendo el mismo que ha montado *La Africana* en Lóndres, y que la orquesta funcionará probablemente bajo la direccion del maestro Mariani, de Génova, que disputa á Costa el imperio de la *batuta*; y echense Vds. á discurrir lo que sucederá, habiendo como hay ya pedidos abonos, no para llenar el coliseo de la plaza de Oriente, sino la plaza misma, donde no quedaria más asiento vacante que el de la grupa del caballo que monta Felipe IV.

Decididamente nos hallamos en un gran período de efervescencia musical. A este paso, la ópera acabará por sobreponerse al toreo, y no habrá más *maestros* que los que se dediquen á hacer partituras. En cuanto á nosotros, no hay para qué decir si nos alegráramos.

Una prueba de ello está en el placer con que hemos sabido la noticia de que el eminente y simpático tenor Tamberlik va á ser condecorado con la encomienda de Carlos III. Será un tributo justo de admiracion y de aprecio, rendido á un artista que ha dejado en todas partes testimonios, al par que de su talento, de su generosidad, y que acabará de identificarle con este país, donde principió su carrera, y del que ha conservado siempre tan gratos recuerdos.

Despues de estas novedades, que la curiosidad y el entusiasmo del público eleva á la categoría de verdaderos acontecimientos, poco tenemos de que ocuparnos, y aun ese poco han de convenir Vds. en que es malo.

Lean Vds. sino la relacion de lo ocurrido estos dias en Novelda, donde en el momento de echar á andar el coche-diligencia de Murcia, que llevaba veintin pasajeros, volcó rodando por una pendiente, habiendo muerto uno de los viajeros, saliendo diez y nueve heridos de gravedad, y salvándose de todo mal uno solo de los que iban en el cupé.

Los enemigos del ferro-carril pueden añadir este siniestro á su coleccion, seguros de que la historia de la locomocion por el vapor no presenta un caso tan completo ni tan horrible por consiguiente.

Ya se ha publicado en los periódicos el resumen de las obras escénicas de todas clases estrenadas en los teatros de Madrid durante la temporada de 1864 á 1865. Ascende el total á ciento veintiocho, de las cuales son zarzuelas cuarenta y dos; comedias y juguetes, setenta; dramas, doce; loas, dos; parodias una, y revistas una. En honra de nuestros autores, debemos consignar que las que han alcanzado mayor éxito han sido originales: *Pan y toros*, de Picon, en el teatro de la Zarzuela; *La profecía*, de Rivera, en Novedades; *El toison roto*, de Hurtado, en el Principe; *Las riendas del gobierno*, de Zumel; *El rapacin de Candás*, de Cuevas, en el Circo, y otras varias de diversos géneros. Veremos si

este año sucede lo mismo, y si de entre el cúmulo de producciones que ya se anuncian resultan siquiera tres ó cuatro que den nuevo brillo á nuestra literatura, y nos confirmen en la idea que hace tiempo tenemos, de que aquí se va acabando todo, menos los poetas.

Verdad es que son los únicos españoles que viven abandonados del gobierno.

M. DEL PALACIO.

CERDEÑA.

Los pueblos, á semejanza de los rios, tienen su vida propia, ó bien corren á confundirse con nuevas razas en busca de apoyo y grandezas.

La historia de Cerdeña la hallaremos escrita sobre las cumbres de las montañas de Saboya, pobre y olvidada en tiempo de Roma; su suelo únicamente era pisado por los que el imperio condenaba á la espatriacion y la muerte; andando los tiempos, sus habitantes se aumentaron: restos de aquellas tribus, que despeñadas del occidente se repelían unas á otras como las olas del mar, fueron á plantar sus viviendas entre los bosques de la Cerdeña.

Como rápidos meteoros, cruzaron aquellas razas dominadoras vándalos y árabes primero, pisanos y genoveses luego. Sin embargo, esta olvidada tierra habia de alzarse ufana un dia de la espuma de las aguas, y arrojando al espacio el manto de nieblas que la envolviera, ofrecer al saboyano una preciosa diadema nacida entre las algas de sus peñascos.

Los duques de Saboya, aquella série de héroes cuyo primer eslabon lo iremos á buscar bajo las suntuosas bóvedas de la abadía de San Estéban de Stramburgo, pasan como una tropa de fantasmas entre la bruma que cubre los primeros dias de Cerdeña; sus historias corren unidas desde largo tiempo.

Víctor Amadeo III subió al trono cuando la tempestad dejaba oír á lo lejos su bramido espantoso; escucha asombrado el horrible crugido de la monarquía francesa que se desploma, y al amparo de su manto vienen á cobijarse no pocas de aquellas nobles víctimas que los satélites de Robespierre y Marat buscan para proporcionar sangrientos espectáculos á la buena ciudad de Paris. Un meteoro terrible aparece á poco en el nebuloso cielo de las Galias: los rayos de aquella estrella sofocan y abrasan á los pueblos, esparciendo sus mortíferos resplandores, así por los arenales del Egipto, como por las heladas llanuras del Septentrion. Aquel meteoro se llama Bonaparte.

Su luz ilumina en Cerdeña un sepúlcro, sobre el cual llora un niño.

Amadeo habia sucumbido, y su hijo Carlos Manuel IV sentia pasar por encima de su corona todo aquel ejército de hombres y caballos, cuyas espadas vencedoras despedazan el cetro italiano en las campiñas de Marengo; tras de aquel torrente de soldados, ve brillar las bayonetas austriacas, que avanzando á paso de ataque, logran recobrar su perdida influencia; y entonces el acobardado piamontés no tiene más recurso que tender su mano en demanda de auxilio á la Francia, cuyos cañones van arrancando uno á uno los pedazos de su manto real.

Carlos, cansado de humillaciones, abdica en su hermano y corre á ocultar su vergüenza en Roma, donde espira.

Al ceñir Víctor IV la diadema, Napoleon declara al Piamonte provincia francesa, y la dinastía de los Amadeos tiene que replegarse á los solitarios peñascos de la Cerdeña, consolándose en aquel último refugio con las esperanzas que de vez en cuando le traen los aires de Inglaterra del enemigo irreconciliable de la Francia.

La fortuna hace girar su rueda, y Napoleon deja de ser el «hijo de la victoria,» para tornarse en el cautivo de Santa Elena.

Es en mil ochocientos trece, cuando del palacio de Viena sale aquella voz salvadora que invita al monarca del Piamonte á recoger en sus manos el reino de sus mayores todo entero y las fértiles provincias genovesas.

Mas el infortunio de Cerdeña no habia terminado. El espíritu revolucionario que brota en España en la gloriosa época de 1820 logra incendiar los gérmenes que sobre el suelo de Italia habia esparcido la dominacion francesa; el Austria alza el grito, amenazando al monarca sardo si no consigue extinguir aquel volcan que

le aterra. Y el rey Víctor, ajeno á toda doblez política, abdica en 1821, y muere tres años despues.

Su hermano Carlos Félix toma las riendas del poder, sofoca un tanto las turbulencias de su reino, y espira en 1831, dejando la nacion en un brillante estado de prosperidad.

Carlos Alberto se ciñe la corona, y su preponderancia es tal, que cuando por la eleccion de Pio IX el grito de «reforma» se escucha en Italia, Alberto corre á ofrecer sus soldados al nuevo pontífice. El Austria quiere hacer en Ferrara un alarde contra los Estados pontificios, y escucha á lo lejos el estampido de los cañones sordos que le llaman á combatir.

La Italia entera saluda al monarca de Cerdeña como al jefe de su regeneracion: el alarido de la revolucion suena en Paris en 1848; la Lombardia alza su estandarte contra el imperio, y Carlos Alberto tiende su mano protectora al reino lombardo-veneto, que pugna por romper sus ligaduras.

Los austriacos son batidos sin tregua, abandonan los muros de Peschiera, huyen de Mincio, dejan tendidas sus legiones en las orillas del Adige, y riegan con su sangre el camino que les obligan á seguir las huestes triunfadoras.

El sol de la libertad alumbraba en Italia un instante. Por entre el polvo del combate pueden verse las banderas de seis ducados que saludan con entusiasmo á los vencedores: Parma, Plasencia y Luca, Módena, Venecia y la Lombardia proclaman al sardo por soberano; mas el águila de dos cabezas no habia de darse por vencida. Austria ruge de furor: sus poderosas manos estrujan con ira la punta de aquel manto que se le escapa; reune en Verona sus huestes; Radetzki se arroja sobre Ferrara; los piamonteses acuden en su socorro; los austriacos repuestos ya lo esperan, rompen sus filas, los desbaratan y persiguen; Milan abre de nuevo las puertas á sus señores, que en tres dias consiguen apoderarse de lo que se le habia arrebatado en tres meses.

La Francia y la Inglaterra estienden el ramo de oliva entre aquellas dos naciones que se despedazan; pero la ofensa vive siempre en la memoria de Cerdeña, que en 1849 quiere de nuevo probar la suerte de sus armas: los austriacos, nunca descuidados, acuden, pasan el Tesino, acometen al piamontés en Novara, y despues de ocho horas de lucha, durante las cuales tienden en el campo 4.000 muertos y 8.000 heridos, se retiran victoriosos, llevando consigo 3.000 prisioneros.

En el mismo campo del combate, el vencido Carlos Alberto abdica en su hijo Víctor Manuel, para ir á morir luego de dolor en tierras portuguesas.

Víctor Manuel firma la paz con Austria, mas aquella paz habia de ser rota.

El hijo de reyes ansiaba vengar las sombras de sus mayores, y el ángel de la guerra sonó de nuevo su bocina.

El águila de Maximiliano revuela azorada sobre las campiñas de Cerdeña; otra águila poderosa ha salido á su encuentro: el águila de Wagrau y Austerlitz.

Víctor Manuel y Napoleon III, el genio de la caballería y el de la política unidos, se yerguen victoriosos, y las cristalinas corrientes del Tesino retratan el triunfo del coloso moderno sobre el formible y viejo imperio; de la misma manera que, como un destello de aquella victoria, en el golfo de Nápoles habia al poco tiempo de reflejarse el desenlace de la independenciam italiana, comenzado paulatinamente en la jornada de las *Vísperas*, y al través de los siglos terminado entre los escombros de Gaeta.

J. T. BENEDICTO.

UN GUANTE DESDE EL CADALSO.

El desgraciado rey de Sicilia, Manfredo, habia perdido la vida gloriosamente en la desgraciada batalla de Benevento, entre las lanzas de Carlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia. Coradino, hijo de Conrado y sobrino de Manfredo, empuñó las armas, y en la batalla de Tagliacazzo fué derrotado y hecho prisionero al querer embarcarse. El cruel Carlos le sentenció á muerte. El dia 26 de octubre de 1269, un patíbulo se alzaba sombrío en la plaza del mercado de Nápoles. La inmensa multitud llena las calles, y en todas las frentes se muestran las huellas del dolor. Los numerosos soldados de Carlos llegan escoltando á Coradino y á otros que á su lado van á morir: al

divisarlos la multitud, lanza un grito de horror y oculta el rostro entre sus manos; pues además de Coradino, había divisado á Federico de Austria, á los Lancias y á los Gherardesca. Coradino sube las gradas del patíbulo, ora fervorosamente, y exclama acordándose de su madre: «¡Cuánto vas á sufrir al saber mi muerte!» Al instante saca un guante de una mano y le arroja sobre la multitud, diciendo: «¡El que le recoja será mi vengador!» Un caballero aragonés adelanta rápidamente, recoge el guante, le coloca sobre la cruz de su espada y le besa. Al verlo Coradino, brilla en sus ojos la satisfacción de la venganza, y coloca su cuello sobre el tajo; la cuchilla del verdugo cae sobre él, y pronto le divide; sucesivamente sufrieron la misma pena todos, y la noche viene á ocultar á la vista de los espectadores el sangriento cuadro: al caer la última cabeza, el caballero exclama: «¡Nobles mártires, sereis vengados!» A los tres días de esta sangrienta ejecución, una hermosa galera sale de Nápoles y dirige su rumbo á España, ostentando en su proa las armas de Aragon. A los pocos días, el caballero se presentó á Jaime el Conquistador, que al verle en su presencia exclamó: «¿Qué se ofrece á mi noble Queralt?» A lo que este contestó: «Señor, ayer llegué á las costas de mi patria desde las de Italia, para brindaros á ser campeón de la causa más noble que caballeros nunca defendieron. El infeliz Coradino y sus nobles amigos acaban de morir sobre vil cadalso, y cuando se disponía á recibir la muerte, lanzó un guante, el que yo recogí en nombre de Aragon.» Dijo, y clavando el guante en la punta de su espada, le presentó á su soberano, el que le recogió despues de besarle. Pocos años despues, Jaime vió que la muerte se le acercaba y no podía vengarle: llamó á su hijo Pedro, y le dijo: «Con mi corona heredas este guante: si quieres que tu padre muera bendiciéndote, jura que serás el vengador de Coradino.»—«Padre mio, le contestó Pedro, yo juro vengarle, y si es lo único que pesa sobre tu conciencia, muere tranquilamente...»

Corría el mes de agosto de 1282. D. Pedro tenía su campamento en Alcoyll (Africa), despues de haber ganado la gloriosa batalla de este nombre á los mahometanos.

Un día vió en el Levante dos buques, y poco tiempo despues vió ante sí ocho embajadores, los que encarecidamente le rogaron aceptase la corona de Sicilia y los viniese á libertar de los franceses, que en numerosa hueste, acaudillados por Carlos de Anjou, sitiaban á Messina. D. Pedro reunió sus magnates, á los que pidió consejo; unos apoyaban á D. Pedro, y otros decían que era empresa muy temeraria. Por fin don Pedro dijo: «Pronto nos embarcaremos: si el viento nos guía á Cataluña, á Cataluña; y si á Sicilia, á Sicilia.» Todos se embarcaron y poco despues, unas ráfagas de viento hacen inclinarse á la galera en dirección á Sicilia: al verlo D. Pedro, exclama: «*Gracias te doy, Dios mio.*» A una señal de D. Pedro, izase en su galera el estandarte aragonés, y entre inmensos gritos de júbilo, mil desplegadas velas van en demanda de Sicilia. ¡Ay de tí, Francia, pues aunque pocos, los mejores guerreros del mundo, acaudillados por Pedro III el Grande, marchan contra tu poder!!

El día 29 de agosto llegó D. Pedro con su armada á Trápani, recibido como libertador por la inmensa multitud, y el 8 de setiembre fué coronado con gran solemnidad en Palermo.

Mientras continuaba el sitio de Messina, y mandaba á esta ciudad D. Pedro 2.000 almogávares de refuerzo, estos hacían numerosas salidas y atacaban al campo francés tan intrépidamente, que á los pocos días 40.000 cadáveres cubrían el campo de los sitiadores. Estos se decidieron á dar un asalto general, y al rayar el alba del 13 de setiembre, los numerosos batallones franceses cayeron sobre la plaza. Los cercados los reciben al grito de *¡Aragon y Cataluña!* y despues de desesperada lucha, el de Anjou da la orden de retirada. Lánzanse los almogávares sobre los desordenados batallones franceses, y conviértese la retirada en matanza general.

Poco tiempo despues levantaron el sitio al saber que Pedro, á la cabeza de los suyos, se dirigía contra ellos. El día 26 se embarcó Carlos de Anjou, y los suyos quisieron lanzarse todos á las naves sin orden ni concierto, cuando llegaron los cercados de Messina y acabaron de completar el exterminio de las tropas francesas.

Poco tiempo despues, la armada de D. Pedro, compuesta de 22 galeras, mandadas por Queralt, derrotó en

la altura de Nicotera á la de Carlos, compuesta de 80. El campo de este, que estaba en Cotana, fué sorprendido por 5.000 almogávares, roto y deshecho. El desesperado Carlos, viendo que era vencido todos los días, retó á combate singular al aragonés, y este aceptó; debiendo entrar en liza cada uno con 450 caballeros el día 4.º de junio de 1283, en la ciudad de Burdeos. La Europa ansiaba la llegada del día en que frente á frente los dos reyes habían de decidir la contienda. Los más famosos guerreros de Castilla y Aragon corrieron á disputarse la gloria de pelear al lado de Pedro III, contándose entre ellos un príncipe moro, hijo del emperador de Marruecos. Mientras los franceses llegaron á Burdeos, en número de 40.000 hombres, dispuestos á cumplir una traición indigna de Beltran Duguesclin. Así lo vió la Europa y así lo vió Pedro de Aragon. Este, disfrazado de paje, sin más escolta que un fiel servidor, llegó á Burdeos, y allí fingió ser un emisario de él mismo. Pidió una entrevista al senescal de Inglaterra, y estando en su presencia, le preguntó «si él »ó el rey de Inglaterra le aseguraban el campo como »habían convenido;» á lo que el senescal contestó, «que no solo no se lo aseguraba, sino que se lo prohibía, pues Carlos y su sobrino Felipe el Atrevido ocupaban la ciudad con numerosas compañías de soldados.» Entonces el fingido emisario pidió al senescal que le enseñara el sitio del combate. Llegaron á la liza acompañados de unos cuantos caballeros, entonces tiró de su capucha, y dijo: «*Yo soy el rey de Aragon.*» Al ver el senescal que era efectivamente don Pedro, le rogó que huyera inmediatamente. D. Pedro montó en su caballo, dió tres vueltas al palenque, y dijo: «Senescal, mi honor está salvado; hasta este sitio llegué por cumplir la palabra que dada tenía á »un traidor.» El aragonés, acompañado del caballero que con él vino á Francia, regresó otra vez á España. Cuando tuvo noticia Carlos de lo ocurrido, bramando de coraje, se aprestó á invadir á los Estados aragoneses. Mientras el famoso Roger de Lauria derrotó á los franceses en la batalla de Malta y en la de Nápoles, haciendo prisionero al hijo de Carlos.

La España fue invadida por cerca de 300.000 hombres de distintas naciones, despues de una guerra cruel sostenida en Cataluña. Felipe el Atrevido, rey de Francia, murió, y cuando sus mermados batallones se aprestaron á volver á sus respectivas patrias, fueron derrotados en Panisars por el terrible D. Pedro.

Los ejércitos franceses quedaban destruidos. El juramento de Queralt cumplido, y Manfredo y Coradino vengados.

FERNANDO BOÑOLLA FERNANDEZ.

ADORACION.

¡Dios está en todas partes!—dice el cura—
Luego está en unos labios que amo yo:
¡Dejad que un beso mi bautismo sea;
Dejadme amar á Dios!

E. BLASCO.

CONSUELO.

Caminando va Consuelo
Por una senda florida,
Con el contento en el alma
Y en los labios la sonrisa.

Flores recoge á su paso,
Por darlas sin duda envidia,
Que son más bellas que todas
Las flores de sus mejillas.

Párase á veces, y al cielo
Radiante tiende la vista,
Que sabe que es muy dichosa
La que siempre al cielo mira.

Por el azul transparente
Se mece su fantasía,
Contemplando el mundo hermoso,
Que es la mansión de la dicha.

Su madre, en tiempos lejanos,
Cuando Consuelo era niña,
Entre llorosa y alegre
Muchas veces la decia:

«No es de los justos el mundo
Venturoso, este que habitas;
La patria de los que buscan
La dicha eterna está arriba.»

—
Y el cielo le señalaba
La madre á su tierna hija,
Por eso constantemente
Consuelo á los cielos mira.

—
¿Dónde se fué aquel contento,
Dónde las dulces caricias
Que en el alma y en los labios
Llevara Consuelo un día?

—
¿Dónde están las bellas galas
De aquella senda florida
Por donde Consuelo un tiempo
Feliz caminar solia?

—
Ay! que ya al cielo no tiende
Con entusiasmo la vista,
Ni en el azul transparente
Se mece su fantasía!

—
Ora la débil cabeza
Cae sobre el cuello abatida,
Como la mustia azucena
Que sobre el tallo se inclina.

—
Perdida por los halagos
Del mundo, que no se cuida
De conservar la inocencia
De la juventud sencilla.

—
Consuelo en silencio vierte
Tristes lágrimas, perdidas
Las ilusiones del alma
Que acariciara de niña.

—
Jóvenes puras y bellas,
Nunca olvideis que en la vida
Solo es feliz, quien al cielo
Dirija siempre la vista.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA FOTOGRAFÍA,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS.

II.

Verdadera cruzada en pró de la fotografía.— Descubrimiento de la albúmina.— Fijación de las imágenes fotográficas sobre papel.— Aplicación del colodion para fijar las negativas sobre cristal.— Mr. Archer.— La fotografía.— Reflexiones.

Una vez descubierto el daguerreotipo, un número no escaso de hombres científicos se lanzaron en pos de tan maravilloso descubrimiento, con el plausible afán de perfeccionarlo y darle una nueva solución, como así lo verificaron.

Prolijo por demás sería seguir paso á paso á todos los que tomaron parte en esta cruzada fotográfica, y referir las infinitas investigaciones, tanto teóricas como prácticas, que hicieron en su ardoroso afán para resolver completamente y de muy distinto modo el descubrimiento hecho por Daguerre; porque además de que sería molesto á nuestros lectores, es un trabajo que requiere mucho más espacio del que podemos disponer, y una pluma mejor cortada que la nuestra.

Así, pues, nos limitaremos á consignar los trabajos de los autores que más fama alcanzaron, y á cuya laboriosidad y concienzudos experimentos se debe que la fotografía haya llegado á la gran altura en que todos hoy la contemplamos.

Niepe de San Víctor, sobrino del anterior, fué quien dió el primer paso en esta nueva era fotográfica.

Este gran químico, siguiendo las huellas de su tío, y aprovechándose de los trabajos que este tenía hechos, formó una capa de yoduro de plata sobre cristal, sirviéndole de vehículo la albúmina, con la cual consiguió una imagen negativa, que puesta en contacto con un papel preparado con el cloruro de plata y espuesto á la luz, obtuvo la imagen positiva.

Al mismo tiempo Mr. Talbot se ocupaba en Londres en obtener imágenes sobre papel, valiéndose para ello de las propiedades del nitrato de plata; consiguiendo al fin muy felices resultados, puesto que obtuvo nega-



LAS PALMERAS DE ELCHE.



MODAS.—TRAGES DE CAZA Y CAMPO.

tivas sobre papel, como asimismo logró hacerlas positivas.

A la vez que estos dos célebres químicos se ocupaban aisladamente y en distintas naciones en hacer positivas sobre papel, Mr. Fizeau hacia experimentos en el mismo sentido; logrando, al cabo de muchos ensayos, presentar el 13 de marzo de 1840 á la Academia de ciencias de Paris las primeras imágenes fotográficas fijadas convenientemente, con un tono, que si no era tan bueno como el que hoy conocemos, al menos daba una idea de lo mucho que se podia esperar de aquel descubrimiento.

Tenemos, pues, que Niepce de San Víctor, con el auxilio de la albúmina, consiguió imágenes negativas, logrando hacerlas positivas por medio del yoduro de plata.

En pos de este, vemos á Mr. Fizeau fijar dichas positivas de un modo que nada dejaba que desear para lo que entonces se conocía.

Todo esto, como se comprende muy bien, si no era una solución completa de aquel problema para los que trabajaban con el mismo objeto, era un gran descubrimiento; puesto que tenían trazada la senda que habian de seguir hasta perfeccionarla tal como hoy la conocemos.

Y en efecto así sucedió.

En el año de 1846, Mr. Archer, también inglés, siguiendo las huellas de Niepce de San Víctor, en uno de esos raptos que en momentos supremos destella la inteligencia, tuvo la feliz idea de aplicar el colodion (1) á la fotografía, é instituirlo á la albúmina.

Esta idea, que envolvía un gran problema, tuvo un brillante resultado; porque despues de numerosos ensayos, Mr. Archer pudo observar, que sensibilizando esta capa con un yoduro, y sumergiendo el cristal así preparado en un baño de nitrato de plata, se forma un yoduro de plata también, que es la sustancia que hoy conocemos como la más sensible á la acción de la luz. Y tanto es así, que preparado el cristal como queda dicho, y esponiéndolo en la cámara á oscuras, recibe la imagen con tal rapidez, que una vista alumbrada por el sol se copia instantáneamente.

Como se ve, pues, el regenerador de la fotografía, el digno émulo de Daguerre, el que resolvió el gran problema fotográfico fué Mr. Archer, con haber descubierto la aplicación del colodion.

A este nuevo descubrimiento se le llamó FOTOGRAFÍA.

Tan pronto como Mr. Archer descubrió las propiedades del colodion, comenzó una nueva era para la fotografía, que avanzando paso á paso, ha llegado á elevarse á la altura en que hoy la conocemos.

Como resultado de este gran descubrimiento, las imágenes fijadas sobre plaqué fueron desapareciendo paulatinamente, como asimismo las impresiones hechas sobre albúmina, y las negativas inventadas por Mr. Talbot.

Esto es, que el daguerreotipo, padre de la fotografía, fué sustituido por su hija, que llena de vida y juventud, venia á regenerar con su brillante porvenir la corta y exigua existencia del autor de sus días.

En un principio la fotografía solo era aplicable á los retratos, y aun estos, como sabemos muy bien, eran hechos con muy malas condiciones. Pero hoy no sucede así; porque se ha perfeccionado de un modo tal, que no solo se hacen retratos con un parecido admirable, sino que se copian cuadros, muebles, edificios, toda clase de objetos en fin, con una propiedad tan grande, que nada deja que desear. ¿Qué más diremos? Hasta la naturaleza, esa obra tan grande y tan sublime creada por la mano de Dios, se reproduce tan admirablemente, que los más grandes artistas, á cuyos mágicos pinceles debemos copias admirables, no pueden menos de rendir un tributo de admiración al contemplar los magníficos detalles que arranca, por decirlo así, al copiar sobre el cristal.

¿Se nos podrá negar, pues, que la fotografía es uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, y á cuyo lado no se desdeñan de figurar la electricidad y el vapor?

Parécenos que no.

Mas no por esto se vaya á creer que la fotografía ha llegado ya al grado de perfección á que está llamada á elevarse, no; de ninguna manera: la fotografía tiene mucho que desear todavía.

Verdad es que cada día que pasa se hacen nuevos

descubrimientos y nuevas aplicaciones, y se propaga mucho más; pero hasta que el colorido natural, del que hay ya muy buenos ensayos, no se resuelva completamente, no podremos apreciar en todo su valor los magníficos resultados de los desvelos de Daguerre y de Archer.

Entonces, pues, y cuando veamos copias, ya de personas, ya de objetos con su natural color, entonces, repetimos, será cuando la fotografía habrá llenado cumplidamente la alta misión á que Dios la ha destinado sobre la tierra.

Ahora bien; la fotografía, ¿es un arte?

Nó.

¿Es una ciencia?

Tampoco, pero participa de ambas cosas; por eso tiene la sublimidad del uno y la grandiosidad del otro.

Muchas más reflexiones pudiéramos aducir á propósito de esto; pero nos abstenemos de hacerlo, dejándolo á la ilustración de nuestros lectores, para que puedan apreciar cual se merece este gran descubrimiento, que tan inmensos beneficios está reportando á toda la sociedad del siglo XIX.

GONZALO HONORIO.

A LA HIJA DEL VERDUGO.

Dedicada á mi amigo Bruno Barco.

Ven, paloma dolorida,
Cuyo acento lastimero
Oye el mundo placentero,
Porque goza en el dolor;
Ven: yo tengo, vida mia,
Dentro de mi virgen alma,
Para tus desvelos, calma;
Para tus penas, amor.

Ven, yo no temo las iras
Del mundo cobarde y necio:
Yo rio de su desprecio,
Y le desprecio á mí vez;
Yo tengo mi fé en mi apoyo,
Y con ella y mi conciencia,
Veo con indiferencia
Su mezquina pequeñez.

¡Siempre el hombre miserable!
Dí, ¿qué hay en tí, vida mia,
Que interrumpa la alegría,
Que haga ser triste el placer?
Hay el odio y la venganza
Que en tí los hombres pusieron;
Hay que sus culpas te dieron
Por poder sus culpas ver.

Y te desprecian. ¿Quién? Ellos.
Ellos, que impulsan la mano
Que da la muerte á su hermano,
Que hiere y mata á su igual.
¡Miserables! No comprenden
Que es un necio desatino
Dar amor al asesino
Y castigar al puñal.

Y tú, tú la más pura, la sensitiva bella,
Encanto de las flores, orgullo del jardín,
Llorando acongojada doliente en tu querella,
Tal vez al cielo pidas de tus tormentos fin.

¿Por qué? ¿Por qué tus ojos, morada de la aurora,
Al cielo no dan luces ni al día rosicler?
¿Por qué tu triste pecho desconsolado llora,
Y nunca en él se mecen las auras del placer?

¡Ay infeliz! Tú sueñas un mundo de ventura,
De amores que mitiguen el fuego de tu amor,
De dulces ilusiones que calmen tu amargura,
De amantes desvarios que borren tu dolor.

Mas ¡ay! en vano sueñas, en vano te entretiene
La idea de unos goces que nunca llegarán:
La hija del verdugo derecho á amar no tiene;
Los hombres no son tigres y amor no le darán.

¿Amor á tí? No, nunca: la sangre derramada
Por la sangrienta mano de aquel que te dió ser,

Al respirar tu aliento seria respirada,
Y olieran siempre á sangre tus besos de placer.

¿Amor á tí? No, nunca tus labios se posaron
Sobre la misma mano que sangre derramó:
El don de ser amada tus padres te robaron;
El mundo te desprecia, y con el mundo yo.

Mas yo no: yo, vida mia,
A través de tu hermosura,
Veó un alma grande y pura
Y un corazón virginal;
Y si el mundo te persigue
Con sus injustos rigores,
Yo te ofrezco en mis amores
Una ventura ideal.

¡Oh! Sí; ¿qué me importa el mundo
Si sé que por mí suspiras?
¿Qué valen esas mentiras
Que la sociedad formó?
¡Imbecil! ¿Por qué el desprecio
Asoma á su torpe boca,
Si por hija de la roca
Nadie á la vista culpó!

Ven, pues. Yo sé que el verdugo,
A quien tanto se maltrata,
De la sociedad que mata
Es solamente el puñal:
Y que tú, pobre ángel mio,
Eres la flor bella y pura
Nacida en la roca dura,
Por su destino fatal.

¡Pobre flor! Mas yo no temo
Las iras del mundo necio,
Yo le pago su desprecio
Con un desprecio mayor.
Ven, pues, ven: yoguando amante,
Dentro de mí virgen alma,
Para tus desvelos, calma;
Para tus penas, amor.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

LAS SOMBRAS DE D. JOSÉ.

*Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy.*

Estamos en pleno invierno.
La lluvia azota con violencia los cristales de mi gabinete.

Hace frio, y es necesario dulcificar los rigores de la estación con las pieles y el fuego.

Dos grandes troncos de encina arden en la chimenea.

Mi amigo D. José y yo estamos sentados en dos cómodas butacas, uno en frente de otro, recibiendo el calor que los troncos despiden, al mismo tiempo que se van convirtiendo en cenizas, devorados por el más destructor de los elementos.

D. José hace treinta años que salió de Madrid, y hará unos dos meses que ha vuelto á esta coronada villa.

Es un hombre de unos 64 años, bajo, delgado, de nariz puntiaguda y larga, ojos hundidos, pómulos salientes, de una gran calva, en cuyo centro aun se distinguen media docena de cabellos con todos los colores del iris, y de una boca inmensa jamás cerrada, pero en la que siempre se dibuja una burlona sonrisa, que se disimula algun tanto bajo un bigote, que fuera blanco si el humo del tabaco no lo hubiera cubierto, haciéndole variar su primitivo color.

Alegre, de un carácter especial y sin nada de lo de Salomón, casi nunca he visto disgustado á D. José; lo que contrasta la mayor parte de las veces con la tristeza que padezco, y que ha llegado á ser ya en mí una enfermedad crónica.

Hoy, sin embargo, D. José no está tan alegre como de costumbre.

Entró hace un rato destilando agua, recostóse en una butaca sin hacer más que saludarme, por lo que comprendí que algo grave debía ocurrirle, y apoyó sus piés en la barandilla de la chimenea, con objeto sin duda de que se le secaran las enormes botas que le sirven de base.

Ofrecíle un cigarro, que aceptó, y sentéme en frente de él, contemplando con más atención que nunca su extraña figura y la expresión indescriptible que daba á su fisonomía.

(1) Por esta época, el colodion era ya conocido como un aglantisante para contener las hemorragias.

Estuve así algunos minutos; hasta que no pudiendo dominar por más tiempo mi curiosidad, le pregunté la causa de su mal humor, que tanto me sorprendía.

—¡Ay amigo mio! me contestó; quisiera convertirme en ese tronco que arde á mis piés, ó en este cigarro que hago desaparecer trasformado en humo, ya que tanta analogía les hallo ahora con lo que fui y soy.

Y al mismo tiempo clavó sus negros dientes en el veguero, apretó sus gruesos y cárdenos labios, y echó al aire una gran bocanada de humo, capaz de asfixiarme, si por casualidad la puerta del gabinete no hubiese estado abierta.

—Filosófico en verdad está Vd., le dije.

—¿Y cómo no, si á cada paso veo que las pocas ideas halagüeñas que aun me quedaban, que los recuerdos de tiempos más felices, que trataba de conservar como un lenitivo á mis pobres ilusiones, se desvanecen, como se desvanece en el aire el humo de este cigarro, y va desapareciendo ese tronco devorado por el fuego.

Las viejas no deberían existir.

Al oír esta exclamación, no pude menos de soltar una fuerte carcajada.

—Ríase Vd., ríase Vd., porque aun es joven; pero aprenda de mí.

—¿Ha sufrido Vd. á su edad algun nuevo desengaño? le pregunté.

—Sí, amigo mio, pero bien empleado me está, porque debía haberlo previsto. Escuche Vd. Ya sabe que hace mucho tiempo salí de Madrid. Entonces era joven, guapo, y tenía gran partido con las mujeres.

Al escuchar esto, lo contemplé más atentamente aun, bendije la omnipotencia del criador, que tal metamorfosis habia operado en las facciones de mi amigo, y admiré una vez más los caprichos de la mujer, sus incomprensibles gustos y sus raras condiciones, más raras aun que las facciones de D. José.

—Yo, conociendo esto, añadió, hice el amor á todas cuantas se me presentaron, no siendo feas, y quise á una, á dos, á tres, á ciento. ¡Si hubiera previsto las consecuencias! Gozaba con ellas de la dulzura del amor, se elevaba mi alma á ideales regiones al escuchar palabras amorosas y dulces, que parecían por ángeles pronunciadas. Extasiábame al contemplar la hermosura de mis víctimas; electrizábanme sus ojos chispeantes negros ó azules; admiraba sus narices griegas ó aguileñas; sus encendidos labios, que podían competir con las más encendidas amapolas; sus dientes de marfil; sus negros cabellos, más negros que lapena que ahora me ahoga, ó mas rubios que los rayos del sol; sus mejillas ostentaban colores robados á la más fresca rosa, ó estaban pálidas como los destellos de la luna: recostábame en sus gargantas suaves, tersas y sonrosadas, y saltando por discreción el resto del mapa, deleitábame contemplando un pié pequeño, como el deseo pudiera hacerme imaginar. Durante mi larga ausencia, me he acordado de algunas de estas mujeres; anhelaba encontrarlas y hablarlas. He vuelto; sabe mi último amor que me hallo en Madrid, y escríbeme esta amorosa carta, en que me da una cita para hoy. Lleno de ilusiones, habiéndose despertado en mí con la violencia propia de mi edad, que dejó á su buen criterio el apreciar, aquella antigua pasión, y olvidándome de que el tiempo pasa y que necesariamente deja en las facciones grabadas sus huellas, vuelo con el alma henchida de esperanzas al lugar de la cita. Llego, y no la hallo; pero á los pocos momentos llama mi atención una voz ágría y chillona que pronuncia mi nombre. Vuelvo la cabeza, y..... ¡horror! encuéntrome con una vieja apergaminada y asquerosa, pero muy compuesta.

—¡Oh! mi querido Pepe, ¡qué desfigurado estás! ¿No me conoces?

En aquel momento hubiera deseado que la tierra se hubiera abierto y me tragase.

Yo, que me he acostumbrado á mi casa, que no he notado la variación que esta haya podido experimentar, á pesar de que todos los días me he visto y me he contemplado al espejo, no pude dejar de extrañar la exclamación de mi querida bruja, y permanecía silencioso y medio aterrorizado.

Vuelto algun tanto de mi asombro, púseme á examinar aquella cara, que de puro arrugada no lo parecía, y traté de reunir mis confusas ideas para recordar sus antiguas facciones, y compararlas con las que, por desgracia, tenía á mi vista.

Su rubio y sedoso cabello habia desaparecido, y el corcho quemado, reducido á polvo, sábiamente aplicado con pomadas al cráneo, hacia las veces de aquel;

sus ojos, que en otro tiempo eran azules y brillantes, se perdían en unas órbitas profundas y vidriosas; su nariz, que habia sido perfecta, tenía más prominencias que el Atlas; su pequeña boca, que en épocas más venturosas ostentaba dos hileras de iguales perlas, coronadas por unos carmíneos labios, y que despedía un embriagador perfume, le llegaba de oreja á oreja; sus incoloros labios, habiendo perdido el apoyo de los dientes, se le hundían hasta lo infinito, poniendo á la vergüenza una sobresaliente barba, larga y puntiaguda; su cutis, que fué blanco y terso, lo cruzaban serpenteando en todas direcciones mil hondas y gruesas arrugas; habia sido alta, pero hasta hoy solo ha perdido de estatura lo menos medio metro. Despues de este exámen, no pude dejar de reconvenirme por haber querido á aquella mujer, que indudablemente era la misma que en otros tiempos, sin serlo.

—¡Oh! y cómo pasan los años! me dijo; todavía recuerdo con placer aquellos deliciosos ratos que juntitos pasábamos, y en que tú murmurabas á mis oídos dulces palabritas de amor.

—Maldita vieja, dije para mí.

—¿No te acuerdas? añadió; observo que ya no estás tan amable como entonces; bien dicen, que el tiempo es el mejor remedio para el amor.

—Es verdad: *todo lo CURA el tiempo, Filis mia.*

—¡Ingrato! Te he citado para pedirte un favor, en cambio de otros muchos que me debes, y de los que aun me pidas. Necesito que me compres cuanto antes un vestido para el baile que da X..... dentro de ocho días: los tiempos han variado, no tengo quien me lo compre, y ya que la suerte te ha arrojado en mi camino.....

—Esta mujer está loca, pensé.

—Tú, que tienes contraídos conmigo compromisos sagrados de amistad, añadió, no creo que te negarás á satisfacer mi petición, y que, todo lo contrario, accederás gustoso á ella, Pepe mio.

Lo único que me faltaba era esto: ni la presencia de la vieja, ni los recuerdos de mis amores, ni la pérdida de mi ilusión, ni nada de cuanto me sucedía, puede compararse con el efecto que aquella petición me causó. Yo, que deseaba apartarme cuanto antes de aquel acartonado fantasma, y que por no verlo hubiese dado hasta la última gota de mi sangre, si en aquel entonces alguna me hubiera quedado en el cuerpo, para hacer más breve la sesión, le ofrecí comprar el vestido, colorado, verde, azul, amarillo ó como quisiera; y haciendo una ligera reverencia, me alejé de ella, exclamando:

—En la vejez solo le quedan á uno las espinas de las rosas que deshojó en su juventud.

Pero no concluyen aquí todas mis desgracias: al venir á ver á Vd. encontréme con otra vieja que me detiene, á pesar del agua que caía, resultando ser otra de mis antiguas amantes. ¡Mire Vd. si las viejas son fisonomistas! Ahora, abrigo el convencimiento de que todas las de la corte me van á perseguir y á ser causa de que yo pierda el juicio. En mi juventud, me han hecho pasar muy malos ratos esos dignos émulos de los murciélagos; jamás faltaba alguna que hubiera hecho fracasar algunas de mis conquistas, ó que fuera un obstáculo para ellas. ¡Entonces, predicando siempre moralidad á las muchachas! y hoy..... son el demonio convertido en pergamino con cara de vieja. Conque ya ve Vd. si no tengo razón para exclamar y haber exclamado que *las viejas no deberían existir.*

D. José estaba nervioso, contraído, y sus ojos se animaban con el fuego de una rabia reconcentrada. Cada una de sus palabras iba acompañada de un gesto especial y de grotescas maneras.

—Tranquílcese Vd., Sr. D. José, le dije.

Sin contestarme, levantóse de la butaca, y empezó á dar grandes paseos por el gabinete, dejando impresas en la alfombra las huellas de sus húmedas y gruesas botas. Parecía estar loco.

—Soséguese Vd., volví á decirle.

—Tiene Vd. razón, amigo mio. Voy á darle á Vd. gusto; corro á buscar á otra de mis antiguas amantes: es la sola manera de que vuelva á recuperar mi acostumbrado buen humor.

Y tomando el sombrero, sin cuidarse del frío, ni del agua que á torrentes caía, salió como una exhalación, dejándome en un gran acceso de risa.

Al verlo desaparecer en aquel estado y con aquel objeto, no pude menos de exclamar:

—Las viejas han vuelto loco á D. José.

I. J. JIMENEZ DELGADO.

SAN SEBASTIAN.

Situada al pié del monte Orgullo, formando una península bañada por el mar y cortada por el Urumea, sobre el que tiene un magnífico puente de madera, San Sebastian es una ciudad bastante reducida, pero en extremo limpia y bella, por la regularidad de sus casas, lo recto de sus calles y lo moderno de sus construcciones, que datan de 1813, en cuya época fué incendiada por las tropas inglesas y portuguesas, no quedando de sus seiscientas casas más que treinta y seis, y siendo presa de las llamas y del saqueo archivos, antigüedades, alhajas, almacenes, tiendas, iglesias, pasando de 200 millones de reales la pérdida sufrida por los habitantes: el puerto, si bien bonito, es estrecho, y poco frecuentado por esta razón. Domina á San Sebastian el castillo llamado de la Mota, fortaleza respetable en el pico de un monte, y á cuya subida existe lo que se conoce por el cementerio de los ingleses, donde reposan algunos de los valientes hijos de Albion, que en 1835 vinieron á combatir por la causa de la libertad. Igualmente se ve allí un monumento consagrado á la memoria del general Gurrea, víctima de su arrojo.

Aunque la población no encierra edificios notables, merece ser vista la plaza por su regularidad y simetría; la casa consistorial, que ocupa uno de los lados, es de sencilla, pero elegante arquitectura. El reciente derribo de las murallas dará mayor ensanche al caserío y más amenidad al paisaje.

La temporada de verano es siempre muy animada en San Sebastian, siendo en cambio el invierno sumamente triste, hasta para los naturales del país.

MODAS.

Los trages de caza y de campo á que el bello sexo ha dado este año la predilección, principalmente en el extranjero, en la estación por que estamos atravesando, y que se halla próxima á terminar, son los que aparecen en el grabado de la página 5.^a de nuestro número de hoy.

La figura que está de pié representa un traje de caza, con la particularidad que, salvo la escopeta, puede servir para paseo, sin que aparezca ridículo. Hé aquí su descripción detallada. Sombrero inglés, color de ceniza, adornado de una cinta verde. Una cabeza pequeña de liebre, sujeta por una presilla y dos plumas de gallo, adornan su frente. Chaqueta de terciopelo negro, abierta y con mangas perdidas. Falda de seda cruda, forma de blusa. Cinturón de cuero amarillo con adornos de plata, y otras correas del mismo cuero que recogen la falda, dejando ver una enagua de color de grana, adornada con madroños de terciopelo negro. Botitas altas, también de cuero, con adornos ó pez-puntos rojos; guantes de tela cruda picados de blanco y sin *crinolina*.

La segunda figura, que aparece sentada, viste un traje escocés, de capricho; gorra escocesa con plumas pequeñas, sujeta con una escarapela negra. Falda escocesa de la misma tela que la gorra, y una especie de levitín de cuello derecho, de cachemir blanco, ajustado por cinco botones hasta la cintura. Estos botones son de cristal tallado y de forma caprichosa. Cinturón de seda encarnada, con gran hebilla lisa de plata. Pendientes de plata aflagranada, y enagua de seda á cuadros verdes y blancos, ó verdes y rojos. Botitas de seda negra, pero altas. Queda también para este traje desterrada la *crinolina*, ó sea *miriñaque*.

Estos son, pues, los trages de campo más de moda este año. Afortunadamente para nosotros, dentro de poco la temporada terminará, y nuestras bellas elegantes, cuya ausencia nos tiene ya de mal humor, volverán á dar vida y animación, con sus encantos, su belleza y sus atractivos, á nuestros teatros, á nuestros paseos y á nuestros salones.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Suplicamos á todos nuestros suscritores cuyo abono esté próximo á terminar hagan efectiva su renovación, bien en sellos de franqueo ó libranzas del giro mútuo, á fin de que no tengan que sufrir ningun retraso en la remisión del número.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabaza, 12, principal.



LOS SEGADORES.

LOS SEGADORES.

El grabado que insertamos anteriormente está copiado de una de las más notables creaciones del célebre artista Leopoldo Robert. En uno de nuestros pró-

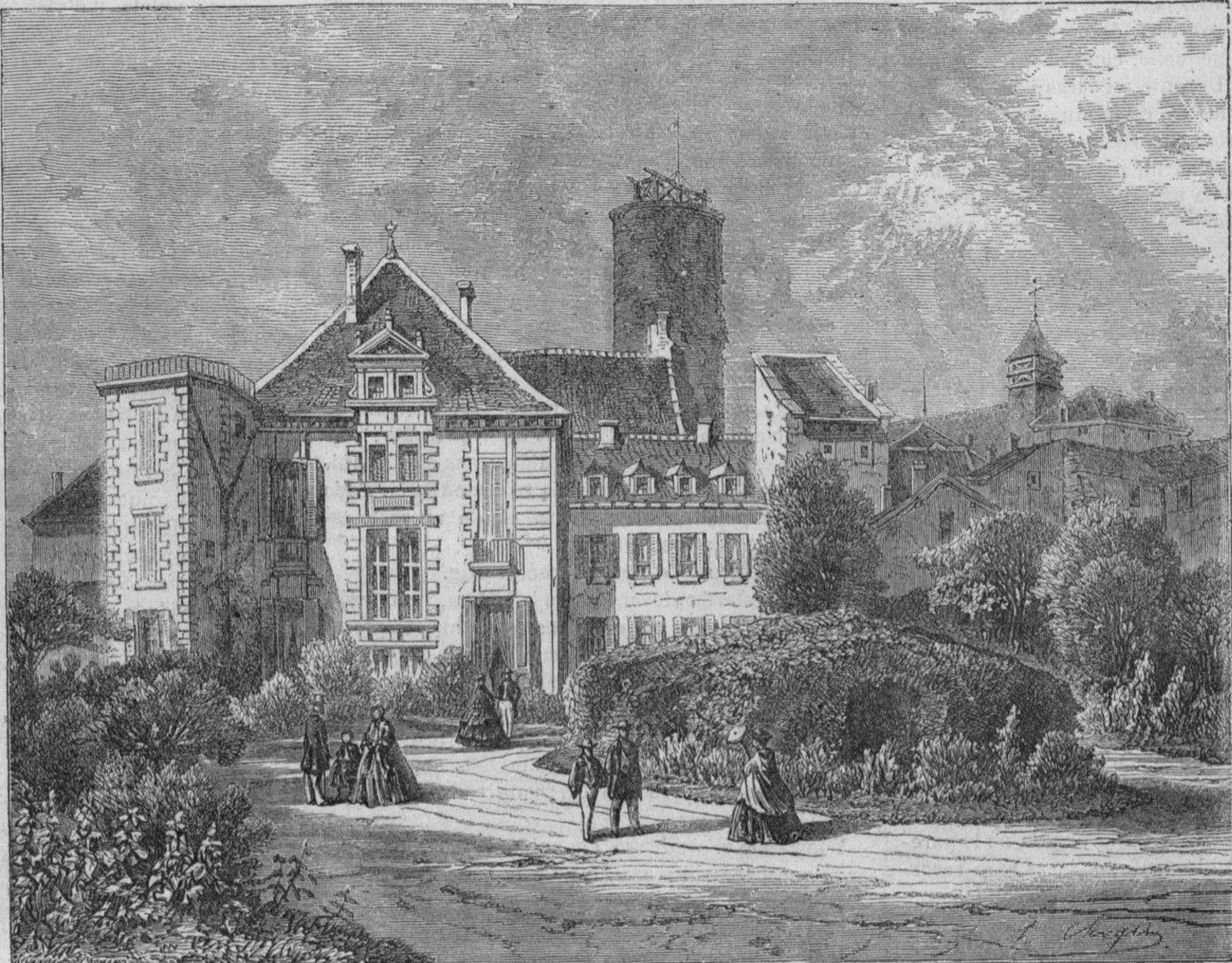
ximos números, con motivo del poco espacio de que podemos disponer hoy, y al insertar otra de las brillantes obras de tan reputado autor, que representa *La Vendimia ó la fiesta de la Madona del Arco*, daremos una

descripcion detallada de estas dos joyas artísticas, á las cuales ha tributado los mayores elogios, en una reseña consagrada á tan delicioso asunto, el distinguido poeta del vecino imperio Mr. de Lamartine.

PABELLON SEVIGNE
EN VICHY.

Hace ya algun tiempo que en uno de nuestros números anteriores ofrecimos á nuestros lectores el grabado que representaba *un concierto en el parque de Vichy*, acompañándolo de un extenso artículo, en que nos ocupamos de este bonito pueblo, tan favorecido en la temporada de baños por la más escogida y brillante sociedad, tanto del vecino imperio, como de todos los pueblos de Europa.

Nada tenemos que añadir á lo ya dicho, pero damos cabida hoy á otro grabado que representa el *Pabellon Sevigné*, por ser uno de los puntos más bellos de aquella localidad, y que conocen perfectamente cuantos han tenido ocasion de pasar en Vichy una deliciosa temporada.



PABELLON SEVIGNÉ, EN VICHY.

LAS PALMERAS
DE ELCHE.

Lo más celebrado de la villa de Elche no es su notable casa capitular, ni sus palacios del obispo de Orihuela y del conde de Altamira, ni su ingenioso reloj de torre en que da las horas con un mazo una figura humana, ni sus diez y ocho ó veinte mil habitantes; lo más celebrado de Elche son sus palmeras, que le dan un aspecto enteramente oriental, sobre todo en el momento elegido por el dibujante para copiarlas; en esa hora solemne del crepúsculo, en que el campesino vuelve á sus hogares, y en que la naturaleza se prepara á descansar de las fatigas del día.